

REDES INTELECTUALES
EN AMÉRICA LATINA:
UNA LECTURA DESDE LOS MÁRGENES

Isabel de León Olivares

I

En una reunión celebrada en octubre de 1983 en la Universidad de Campinas, Brasil, frente a un auditorio que incluía, entre otros, a Antonio Candido, Roberto Schwarz, José Luis Martínez, Beatriz Sarlo y Ana Pizarro, el crítico uruguayo Ángel Rama daba “algunas sugerencias de trabajo” para la escritura de una historia comparada de la literatura latinoamericana.¹ En aquella ocasión, además de proponer como “tarea fundamental” la de aproximar a las literaturas hispano-americanas y brasileñas; incluir capítulos sobre literaturas en lenguas indígenas y literaturas de las Antillas no hispanohablantes; seguir una periodización que destacara rupturas y continuidades desde la colonia, la “emancipación” y “el tiempo presente”, Rama sugería integrar “pequeños capituli-

¹ Ángel Rama, “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración”, en A. Candido, R. Gutierrez Girardot, J.L. Martínez, D. Miliani, C. Pacheco. A. Pizarro, A. Rama, J. Leenhardt, B. Sarlo y R. Schwarz, *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, pp. 85-97. El título y la revisión del texto de Rama corrió a cargo de Ana Pizarro, quien convocó y coordinó la reunión en Campinas, Brasil.

llos” sobre un tema hasta ese momento poco explorado: el acercamiento y la intercomunicación que, “despaciosamente y con enorme dificultad”, se habían dado, a lo largo de la historia latinoamericana, entre sus sectores letrados. “Creo que incluso podría ser conveniente pensar en capítulos sobre lo que yo llamaría puntos de religación externos e internos”. Así se mostraría, en su opinión, “el funcionamiento del sistema literario”.² Por religación externa, Rama se refería a aquellos “momentos históricos” en los que la vinculación de los sectores literarios latinoamericanos se había dado en polos como París, Nueva York y Londres. Por religación interna, a los “puntos de encuentro” ocurridos dentro de América Latina, gracias a la actuación de figuras como José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña o Manuel de Oliveira Lima, “casos asombrosos y muy importantes [que] no han llegado a ser puestos en plenitud”.³ Estas religaciones internas, afirmaba Rama, comenzaron, sobre todo, hacia el final del siglo XIX; por ello, su historia debía arrancar ahí.

Debido a su repentina muerte, Rama ya no participó en la escritura de estos tres tomos de literatura latinoamericana que coordinaría la chilena Ana Pizarro.⁴ Sin embargo, su propuesta de escribir “capitulillos” sobre el tema de las religaciones sentó un interesante precedente en la región, prefiriendo una línea de investigación que, desde entonces, no ha dejado de ensancharse: los estudios sobre las llamadas

² *Ibid.*, pp. 89-90.

³ *Ibid.*, p. 90.

⁴ Los tres tomos se publicaron en Brasil con los siguientes títulos: Ana Pizarro, coord., *América Latina: palavra, literatura e cultura, Volumen I: A situação colonial*, São Paulo, Memorial de América Latina, Editora de Unicamp, 1993; *Volumen II: Emancipação do discurso, Volumen III: Vanguardia e modernidade*, 1995. Sobre las redes académicas que hicieron posible el diseño y la escritura de esta colección véase Claudio Maíz, “Entrevista con Ana Pizarro: las redes de la crítica literaria y la gestación del proyecto de una historia de la literatura latinoamericana”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), núm. 1 (2013), pp. 167-178.

redes intelectuales en América Latina. Hoy en día se ha vuelto un lugar común utilizar la noción de red intelectual para referirse a ese complejo entramado de relaciones y lazos que tejen los intelectuales entre sí, gracias a los encuentros cara a cara, los viajes, la correspondencia, las conferencias y congresos, las asociaciones culturales y políticas, la publicación de libros y revistas, las polémicas, las relaciones maestro-discípulo y otros tantos medios que posibilitan contactos y conexiones más allá de los límites impuestos por las categorías sociales, el Estado-nación o la genealogía.

Junto a conceptos como el de *sociabilidad intelectual* o el de *constelación*, el de red apunta a destacar esa dimensión que, aunque tácita en el concepto de intelectual, no en todo momento se señala: la dimensión *colectiva* que ha acompañado, desde su aparición a finales del siglo XIX, a la figura del intelectual tanto en su actuación dentro del espacio público, como al interior de su campo de creación. Al enfatizar la relacionalidad que subyace al mundo de los intelectuales, una posibilidad que se abre es la de rescatar a figuras y textos marginales de la historia intelectual latinoamericana, para examinar la función que cumplen y han cumplido en la construcción de eso que Rama llamó un “sistema literario”. Esa es la lectura que propongo en este trabajo: leer en clave de red las trayectorias de dos figuras “menores” de una periferia antillana, Federico García Godoy y Horacio Blanco Fombona, quienes a través de ensayos, cartas y revistas se religaron con lo mejor de su tiempo, participando en la fundación y difusión de una literatura hispanoamericana a principios del siglo XX.

II

En el libro colectivo *Estrategias del pensar*, Liliana Weinberg advertía sobre la dificultad creciente que supone leer un tex-

to, sobre todo una manifestación de la prosa de ideas como el ensayo, “de manera reverencial y esencialista, como unidades de sentido consumadas de una vez y para siempre”,⁵ olvidando las condiciones materiales de su producción, circulación y recepción. Todo ensayo, afirma Weinberg, es un texto *en situación*, inscrito, por consiguiente, en horizontes interpretativos, debates de ideas, tradiciones y valores, lecturas y conceptos, motivos y rumores, de los cuales si bien el ensayo abreva en busca de sentido, al mismo tiempo resignifica y reinterpreta en el acto de su escritura.⁶ Si lleváramos esta interpretación al plano de la historia de los intelectuales, se podría decir que la noción de red apunta en la misma dirección: mostrar que ya no es posible estudiar al intelectual como ese sujeto creativo que escribe ideas en solitario, sino, antes bien, como un individuo inscrito en circuitos de relaciones y conexiones sociales que otorgan una dimensión *colectiva y compartida* al orden de su discurso y su quehacer.

Ésta es la propuesta que cohesiona a muchos de los estudios que se están escribiendo dentro de la llamada “nueva” historia intelectual latinoamericana. Margarita Merbilhaá propone acotar la noción de red para referirse a aquellas prácticas *informales* de sociabilidad intelectual, es decir, a las relaciones no codificadas ni del todo organizadas que remiten a contactos múltiples, superpuestos, muchas veces conflictivos, que vuelven visibles las condiciones sociales en que se producen “las ideas y las formas de escritura crítica dentro de un colectivo de escritores”.⁷ Eugenia Molina, por

⁵ Liliana Weinberg, coord., *Estrategias del pensar: ensayo y prosa de ideas en América Latina siglo XX*, México, CIALC-UNAM, 2010, p. 28.

⁶ *Ibid.*, pp. 31-32.

⁷ Margarita Merbilhaá, “El estudio de las formas materiales de la sociabilidad intelectual. Algunas cuestiones metodológicas en torno a las redes entre escritores latinoamericanos”, *VIII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria*, disponible en: <http://citclot.fahce.unlp.edu.ar/viii-congreso/actas-2012/Merbilhaa-%20Margarita.pdf>, consultado el 28 de enero de 2014.

su parte, apela a una noción más amplia, a fin de incluir a todos los grupos y las relaciones sociales al interior de los cuales los intelectuales no solo obtienen recursos para cumplir sus objetivos y aspiraciones sino que, además, asimilan comportamientos, valores, ideas y discursos.⁸

Para autores como Eduardo Devés, Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo, la red intelectual funciona como una categoría dinámica, porosa y elástica que, entre otras cosas, podría reemplazar nociones como la de influencia y la de generación, dos pilares que durante mucho tiempo asistieron a la historiografía literaria latinoamericana. Al respecto explica Maíz, recuperando a Devés:

A la verticalidad atribuida a la relación Norte-Sur se le puede confrontar la horizontalidad Sur-Sur de las redes, con lo cual la “influencia” pierde su carácter privilegiado y hasta dogmático [...]. Generación y campo intelectual al relacionarse con las redes se alteran, en razón de que las edades dentro de la red no son una condición excluyente. Es decir, conviven diferentes franjas etarias y campo intelectual [*sic*], asociado a las disputas por el poder o por el capital socio-cultural, al ponerlo en contacto con el funcionamiento de las redes, la colaboración —rasgo distintivo de la red intelectual— deja escaso o ningún lugar al conflicto o a la competencia.⁹

A partir de esta crítica, el planteamiento de Maíz se dirige a insertar la figura del intelectual dentro de la tríada propuesta por Christophe Prochasson, a saber: identificarlo con sus lugares de encuentro y actividad (*lieux*), sus medios de

⁸ Eugenia Molina, “Aportes para un estudio del movimiento romántico argentino desde la perspectiva metodológica de redes (1830-1852)”, *Revista Universum* (Talca), núm. 12 (2000), pp. 399 y 402.

⁹ Claudio Maíz, “La eficacia de las redes en la transferencia de bienes simbólicos: el ejemplo del modernismo hispanoamericano”, *Alpha* (Osorno), núm. 33 (2011), p. 33.

expresión y comunicación (*milieux*) y la compleja red de relaciones que teje a su alrededor (*réseaux*).¹⁰

Entendida, entonces, como un “lenguaje de los vínculos”,¹¹ la idea de red intelectual está abriendo numerosas vetas de investigación. Algunos autores, por ejemplo, la emplean para reconstruir los itinerarios de aquellos intelectuales latinoamericanos que no circunscribieron su actividad a las fronteras de un Estado-nación sino que, por el contrario, atravesaron países y forjaron relaciones con los escritores más diversos, haciéndose partícipes de un intercambio transnacional de ideas y textos que les permitió ganarse un lugar dentro de la competitiva y desigual “república mundial de las letras”.¹² En esta línea se inscriben trabajos como el de Alexandra Pita sobre las redes intelectuales que, en la década de 1920, forjaron José Ingenieros y un grupo de jóvenes argentinos a través de una asociación de carácter antiimperialista y latinoamericanista como fue la Unión Latino América y la publicación de su *Boletín Renovación*;¹³ o el libro de Fernanda Beigel sobre las redes editoriales de José Carlos Mariátegui, quien a través de la publicación de revistas y la fundación de dos editoriales —Minerva y Amauta— logró construir un extenso circuito de conexiones y comunicaciones con las vanguardias de Perú, América Latina y Europa.¹⁴

¹⁰ Claudio Maíz, “Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales: redes de difusión en el romanticismo y el modernismo”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), núm. 14 (2011), pp. 76-77.

¹¹ *Ibid.*, p. 28.

¹² Pascale Casanova, *La República mundial de las Letras*, Barcelona, Anagrama, 2001.

¹³ Alexandra Pita González, *La Unión Latino Americana y el Boletín “Renovación”. Redes de intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2009.

¹⁴ Fernanda Beigel, *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2006.

Otros estudiosos enfocan el análisis en los bienes simbólicos —textos, ideas, discursos, objetos, imágenes— que, precisamente, circulan y se distribuyen gracias al funcionamiento de las redes forjadas entre autores o entre campos intelectuales diversos y distantes. Se pueden mencionar al respecto, las investigaciones coordinadas por Miruna Achim y Aimer Granados, reunidas en el libro *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, en las que se hace un seguimiento de “personas, cosas, libros, textos, estilos, que se desplazan, circulan, son intercambiados, se cruzan, van y vienen entre México y el mundo”. La propuesta de estos autores es examinar cómo la construcción de ideas y significados culturales se puede abordar no sólo desde las raíces sino también desde las rutas, tránsitos, movimientos y pasajes de los bienes simbólicos.¹⁵ En este mismo tenor se halla el sugerente trabajo de Horacio Tarcus, quien al reconstruir las redes intelectuales forjadas alrededor del binomio integrado por José Carlos Mariátegui y “su principal corresponsal argentino”, Samuel Glusberg, expone cómo fue posible la circulación y la recepción de las ideas del intelectual peruano en la Argentina de 1920-1930, pero, además, cómo se dio el intenso movimiento e intercambio “de los universitarios reformistas, de los apristas, de los comunistas, de los escritores” y de numerosas publicaciones latinoamericanas que dieron cuenta del acalorado debate de aquellos años entre hispanismo/americanismo, antiimperialismo/socialismo, socialismo/comunismo, vanguardias/realismo.¹⁶

Ligadas a esto último, se pueden señalar aquellas investigaciones que problematizan, precisamente, en torno al papel que han cumplido las redes intelectuales en la construcción

¹⁵ Miruna Achim y Aimer Granados, comps., *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, México, Conaculta-UAM-Cuajimalpa, 2011.

¹⁶ Horacio Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001.

de discursos de identidad regional —hispanoamericanismo, latinoamericanismo, antiimperialismo— o en la configuración de movimientos literarios y/o políticos de alcances continentales —tales como el modernismo en la literatura o el aprismo en el terreno político.¹⁷ El ensayo pionero de Susana Zanetti sobre los medios de religación que permitieron forjar múltiples redes en la América Latina de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, sigue siendo ejemplar en ese sentido. En el texto “Modernidad y religación: una perspectiva continental”, Zanetti muestra cómo gracias a los contactos, las relaciones y las conexiones que lograron establecerse entre escritores hispanoamericanos durante el periodo de 1880-1916, se pudo inaugurar un momento fundacional de la literatura hispanoamericana: momento de gestación de la autonomía de un discurso literario y un mercado moderno, al interior del cual los letrados encararon, por primera vez, su experiencia singular y nacional desde una dimensión mayor que la contuvo y que empezó a reconocer modelos propios. Dentro de este entramado, autores como Rubén Darío, José Martí, Manuel Ugarte, José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, José Ingenieros, José Vasconcelos, entre otros, se convirtieron en figuras nodales de constelaciones de escritores e intelectuales hispanoamericanos, “productores de un sólido cuerpo de textos, cuya circulación e intercambio posibilitaba el encuentro y la intercomunicación activa, acor-

¹⁷ Ricardo Melgar Bao, *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Libros en Red, 2003; Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 119-145; Martín Bergel, “América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista”, *Cuadernos de Historia* (Santiago de Chile), núm. 36 (2012), pp. 8-36.

taba distancias y permitía la percepción de lo común en las diversas experiencias nacionales”.¹⁸

Y, finalmente, una cuarta línea de investigación es aquella que está mostrando cómo en la base de la construcción de disciplinas académicas en América Latina estuvo el funcionamiento de redes entre escritores de múltiples latitudes, provenientes de diversos campos culturales e, incluso, con distintas temporalidades. En el diálogo que, a través de reseñas y otros medios, entablaron Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui y Samuel Glusberg, Liliana Weinberg ubica ese “cambio de rumbo en los caminos de nuestra historia literaria” que llevaría a la aparición de la crítica literaria como trabajo profesional del intelectual, “hermanada con el nuevo abordaje de la categoría de ‘cultura’ en la interpretación de los procesos creativos”.¹⁹ Un planteamiento semejante se halla en el trabajo de Jorge Myers sobre las redes intelectuales de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, a las que coloca como las “condiciones de posibilidad” que permitieron la concepción de ese nuevo campo disciplinar que habría de ser la historia cultural latinoamericana, la cual tuvo en la colección Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica una de sus máximas manifestaciones.²⁰

Un aspecto que merece la pena destacarse es que la mayoría de estas investigaciones está haciendo de las cartas,²¹

¹⁸ Susana Zanetti, “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”, en Ana Pizarro, coord., *op. cit.*, vol. II, pp. 489-534.

¹⁹ Liliana Weinberg, “Crítica literaria y trabajo intelectual”, en Selnich Vivas Hurtado, coord., *Utopías móviles. Nuevos caminos para la Historia Intelectual en América Latina*, Bogotá, Diente de León-Universidad de Antioquia, 2014, pp. 90-117.

²⁰ Jorge Myers, “Gênese ‘ateneísta’ da história cultural latino-americana”, *Tempo Social. Revista de Sociologia da USP* (São Paulo), vol. 17, núm. 1 (2005), pp. 9-54.

²¹ Claudio Maíz, *Constelaciones unamunianas. Enlaces entre España y América (1898-1920)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2009.

las memorias,²² los ensayos,²³ las empresas editoriales²⁴ pero, sobre todo, las revistas, las fuentes privilegiadas para la reconstrucción histórica de las redes intelectuales. Viejas fuentes leídas desde nuevas perspectivas que, entre otras cosas, resaltan la importancia de atender ya no sólo al contenido y la forma de los textos sino también a su materialidad. Como señala Roger Chartier, “no existe texto fuera del soporte que lo da a leer (o a escuchar) [...]. Los autores no escriben libros: no, escriben textos que *otros* transforman en objetos impresos”.²⁵ Es en el momento de considerar esta materialidad de los textos, que muchos de ellos funcionan como nodos de redes, capaces de revelar los encuentros, intercambios, conexiones y relaciones entre las figuras del mundo intelectual que hicieron posible su existencia. En especial, las revistas culturales que proliferaron en América Latina hacia finales del siglo XIX y a lo largo del XX están siendo fuente y objeto de numerosas reflexiones al respecto.²⁶ Dichas publicaciones periódicas son releídas como es-

²² Eugenia Molina, art. cit.

²³ Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, México, CCYDEL-UNAM, 2006; Beatriz Colombi, “Alfonso Reyes y las ‘Notas sobre la inteligencia americana’: una lectura en red”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), núm. 14 (2011), pp. 109-123; Florencia Bonfiglio, “El ensayo que se repite o el Caribe como *lugar-común* (Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Kamau Brathwaite)”, *Anclajes* (La Pampa), vol. XVIII, núm. 2 (2014), pp. 19-31.

²⁴ Fabio Esposito, “Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)”, en Carlos Altamirano, dir., *op. cit.*, pp. 515-536; Alejandro Paredes, “Redes de coautoría entre Europa y América Latina en la editorial Tierra Nueva (década de 1970)”, en Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo, eds., *op. cit.*, pp. 191-234; Liliana Weinberg, “*Cuadernos Americanos*: la política editorial como política cultural”, en Carlos Altamirano, dir., *op. cit.*, pp. 235-258.

²⁵ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios de historia cultural*, España, Gedisa, 2005, p. 55.

²⁶ Ximena Espeche, “Lo rioplatense en cuestión: el semanario *Marcha* y la integración (1955-1959)”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), núm. 14 (2011), pp. 153-172; Fernanda Beigel, “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, *Utopía y praxis latinoamericana* (Venezuela), año 8, núm. 20 (2003), pp. 105-115; Susana Zanetti, “Redes múltiples en ‘El Cojo

pacios *textuales* de sociabilidad intelectual: lugares que al posibilitar el encuentro de editores, publicistas, escritores, críticos, traductores y otros agentes culturales, se transformaron en puntos de reunión virtual, donde los miembros de un movimiento o una red podían darse cita “sin atender [a] las edades, lugares, posiciones sociales, y a veces ni jerarquías”.²⁷ Para autoras como Alexandra Pita, Regina Crespo, Susana Zanetti, las revistas constituyen “documentos de cultura” que permiten visualizar tanto los nombres de aquellos que participaban en una determinada red, como la dinámica de sus vinculaciones: las ideas, los discursos y las preocupaciones compartidas; las aspiraciones y los proyectos comunes; “el mapa de lecturas” que suministraba tópicos discursivos; sus lugares de enunciación y enlace; las posiciones y/o tensiones que guardaban tanto al interior como al exterior de los campos intelectuales a los que pertenecían o pretendían pertenecer.

Pese a la existencia de este consenso en torno al uso de las mismas fuentes, las estrategias metodológicas para registrar y desde ahí analizar las redes son diversas. Eduardo Devés, por ejemplo, propone una metodología que consiste

Ilustrado”, en Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo, eds., *op. cit.*, pp. 47-76; Regina Crespo, coord., *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, CIALC-Eón Editores, 2010; Alexandra Pita, “Las revistas culturales como fuente de estudio de redes intelectuales”, disponible en: http://www.cialc.unam.mx/Revistas_literarias_y_culturales/PDF/Articulos/Las_revistas_culturales_como_fuente_de_estudio_de_redes_intelectuales.pdf, consultado el 30 de enero de 2014; Aimer Granados, coord., *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Unidad Cuajimalpa, 2012; Francy Moreno H., *La invención de una cultura literaria: Sur y Orígenes. Dos revistas latinoamericanas del siglo XX*, México, UNAM, 2014; Hanno Ehrlicher y Nanette Ribler-Pipka, eds., *Almacenes de un tiempo en fuga: revistas culturales en la modernidad hispánica*, disponible en: <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/hanno-ehrlicher-nanette-ri%C3%9Fler-pipka-eds-almacenes-de-un-tiempo-en-fuga-revistas>, consultado el 4 de enero de 2016.

²⁷ Claudio Maíz, “Las re(d)vistas latinoamericanas”, art. cit., p. 89.

en “formular una hipótesis respecto de las personas que estarían envueltas y ubicarlas en una línea horizontal y en otra vertical, estableciendo un cuadrículado”.²⁸ En el eje de las X deben anotarse los autores que serán objeto de la investigación, mientras que en el eje de las Y los nombres de los intelectuales latinoamericanos con los que construyeron redes. Al interior de cada casilla se efectúa el registro del lugar, la fecha pero, sobre todo, los medios que posibilitaron la relación: encuentros cara a cara; correspondencia; congresos, agrupaciones; prologación, comentario o presentación de libros; publicación en los mismos medios; participación en las mismas campañas o iniciativas; diálogos o polémicas; citas recíprocas.²⁹

Una segunda metodología es la que emplea programas computacionales para el análisis de redes sociales (ARS). Explica Alfredo Paredes que ésta tiene dos puntos de partida: el método egocéntrico y el sociocéntrico. El primero consiste en recuperar desde el punto de vista analítico a una red social en función de uno de sus participantes, a quien se privilegia sobre el resto de los miembros de la red. El segundo parte del conocimiento de una población total, a partir de la cual se indaga la existencia de redes. Una vez elegido el punto de partida, el vaciado de la información se efectúa haciendo uso de softwares específicos para el ARS —Unicet, Pajek, Egonet, Visone—. Estos generan los llamados “grafos” que no son otra cosa que las redes sociales hechas imágenes, apreciando sus niveles de integración y las jerarquías entre sus miembros según trayectorias individuales o desempeños profesionales.³⁰

²⁸ Eduardo Devés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2007, p. 32.

²⁹ *Ibid.*, pp. 32-33.

³⁰ Alejandro Paredes, art. cit.

Existe una tercera metodología que, aun cuando no la he hallado aplicada al caso latinoamericano, merece la pena mencionarse porque, precisamente, sugiere la posibilidad de poner en el centro de la atención a figuras marginales de la historia intelectual latinoamericana. Se trata del método generacional propuesto por el sociólogo estadounidense Randall Collins en su libro *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*.³¹ Su planteamiento está construido sobre la base de dos premisas centrales. La primera señala que es la estructura reticular de las relaciones entre los intelectuales, es decir, las redes que se forjan entre ellos, lo que constituye la influencia social inmediata sobre la construcción de las ideas. Los condicionamientos de clase social, los factores políticos y los económicos actúan como telón de fondo más que ocupar el primer plano de la causalidad social, y sus efectos vienen mediados por el funcionamiento de las redes. La segunda señala que es la dinámica histórica de las redes en las que se forjan las identidades sociales la que nos puede arrojar luz sobre la cuestión de la autoridad intelectual, es decir, ayudar a responder por qué sólo unos pocos intelectuales se vuelven figuras relevantes en la historia de las ideas. De acuerdo con Collins, dicha “grandeza intelectual” descansa no en la creatividad o genialidad del individuo, sino en las redes que supo forjar con sus contemporáneos y, sobre todo, en su influencia sobre las generaciones siguientes.³² De ahí entonces que su método consista en trazar redes considerando dos dimensiones: una horizontal, en que quedarían registradas las redes forjadas por un intelectual con sus contemporáneos —colegas, aliados y rivales—, y una vertical, que serviría para registrar sus redes con las generaciones precedentes y consecuentes.

³¹ Randall Collins, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*, Barcelona, Editorial Hacer, 2005.

³² *Ibid.*, p. 61.

Aquí, el programa sociológico consiste en investigar cómo las ideas que formulan los individuos vienen determinadas por su emplazamiento en la red, tanto verticalmente, en términos de sus predecesores, como horizontalmente, en términos de sus aliados y sus rivales [...]. Al escribir la historia de una red, se está escribiendo también una explicación sociológica de la construcción de las ideas.³³

Siguiendo esta propuesta de Collins se vuelve pertinente estudiar el papel que cumplen figuras menores y/o “periféricas” en la configuración de una historia intelectual transnacional. En otras palabras, parece volverse relevante el recuperar a aquellos escritores que, sin haber sido los grandes productores de ideas, son por sus itinerarios capaces de revelarnos “la parte rutinaria del mundo intelectual”, las ligas inferiores y subinferiores de las redes sobre las cuales —como sostiene Collins— se encumbran las figuras consagradas por la historia y la crítica. Ese el caso de Federico García Godoy (1857-1924) y Horacio Blanco Fombona (1889-1948), dos escritores pertenecientes al Caribe de principios del siglo XX, esa subregión cuya paradójica insularidad, reconocía Antonio Benítez Rojo, nunca ha impelido al aislamiento sino todo lo contrario: al viaje, a la exploración, a la búsqueda de rutas.³⁴ O, como afirma Ottmar Ette, a la relacionalidad y la dinámica que han hecho del espacio antillano un mundo en *movimiento*, caracterizado por múltiples procesos de superposiciones, entrecruzamientos y relaciones recíprocas entre países, macrorregiones y continentes, y cuyo estudio, por consiguiente, obliga a enfatizar las relaciones y conexiones intra, inter y transregionales que vinculan espacios, normas y formas de vida.³⁵

³³ *Ibid.*, p. XXV.

³⁴ Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Barcelona, Editorial Casiopea, 1998, p. 41.

³⁵ Ottmar Ette ha expuesto estos planteamientos en diversos trabajos. Véase Ottmar Ette, Werner Mackenbach, Gesine Müller, Alexandra Ortiz Wallner,

Si no se analizaran en clave de red, quizá, ni Federico García Godoy ni Horacio Blanco Fombona figurarían en una historia general de la literatura o de las ideas en América Latina. Vistos, sin embargo, en función de sus redes intelectuales, uno se percataría que su marginalidad y periferia fueron relativas, ya que en su tiempo fungieron como voces reconocidas y autorizadas de un campo intelectual dominicano en pleno proceso de formación. Gracias a los enlaces que establecieron con los escritores latinoamericanos más importantes del primer cuarto del siglo XX, participaron en la construcción de ese momento fundacional de la literatura hispanoamericana a la que se refiere Susana Zanetti. En ese sentido, la lectura de sus redes permite ilustrar los alcances de procesos que implicaron a toda la región: desde el surgimiento del intelectual latinoamericano hasta la profesionalización de sus algunas de sus funciones —como la de crítico literario o la de editorialista, por ejemplo—; desde la construcción de discursos de identidad regional, en diálogo con los cuales se *imaginaron* las identidades nacionales, hasta la circulación y transferencia de bienes simbólicos entre un Caribe hispano y una Hispanoamérica continental, en cuyas intersecciones se situaron ambos autores como destacados *importadores* culturales.³⁶ Detengámonos en esto último.

eds., *Trans(it)Areas Convivencias en Centroamérica y el Caribe. Un simposio transareal*, Berlín, Tranvía, 2011; Ottmar Ette, ed., *El Caribe como paradigma: convivencias y coincidencias históricas, culturales y estéticas. Un simposio transareal*, Berlín, Tranvía, 2012; Ottmar Ette, “De islas, fronteras y vectores. Ensayo sobre el mundo insular fractal del Caribe”, *Iberoamericana* (Berlín), vol. IV, núm. 16 (2004), pp. 129-143.

³⁶ Esta noción de importador la retomo de Gustavo Sorá, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003, pp. 36-37. De acuerdo con Sorá, el término “importador” sirve para destacar el sentido material y económico que conlleva toda transferencia de textos o de conocimientos sobre textos, “en los cuales los actores comprometen una parte de su identidad social, asociando su nombre a los objetos importados, presentándose, por lo tanto, como garantes de su interés”.

III

Comencemos con el caso de Federico García Godoy, uno de los tantos inmigrantes cubanos que con motivo de la guerra de los Diez Años en Cuba buscaron refugio en otras islas del Caribe. Desde su llegada a República Dominicana, en 1868, fijó su residencia en las provincias norteñas de este país: Puerto Plata, Santiago de los Caballeros, La Vega. Esta ubicación geográfica le otorgó una peculiaridad a su quehacer intelectual: García Godoy lejos de ser un residente permanente de la *ciudad letrada* de Santo Domingo, fue un autor que arribó al mundo de las letras y desarrolló la mayor parte de su obra desde los bordes de una periferia antillana. Fue desde ahí, desde la fijeza de esa residencia provincial, que García Godoy entró en contacto con los escritores latinoamericanos más importantes de su tiempo: José Martí, José Enrique Rodó, Rufino Blanco Fombona, Francisco García Calderón, Manuel Ugarte, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, Antonio Caso, entre muchos otros.

Pese al cosmopolitismo de su obra y al elitismo de su quehacer, García Godoy fue un escritor que, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, no hizo del viaje un elemento distintivo de su formación intelectual. De hecho, se trató de un autor que sólo ocasionalmente salió de la República Dominicana y, sin embargo, llegó a ser uno de escritores antillanos más conocidos y reconocidos en el extranjero. ¿Cómo lo logró? Gracias a un intenso movimiento de bienes simbólicos que lo puso en diálogo y conexión con sus pares latinoamericanos. En efecto, García Godoy tejió sus redes casi artesanalmente: mediante un prolífico intercambio epistolar que conllevaba en todo momento un intercambio de libros y revistas, y culminaba en los ensayos de crítica literaria que escribía en torno a la obra de sus interlocutores. De esta manera, anclado en su isla en el Caribe, tan sólo trocando cartas y libros, García Godoy propagó su

obra en el extranjero, fungió como un activo difusor de la literatura hispanoamericana en el Caribe y se encaminó hacia una incipiente profesionalización de su quehacer como crítico literario en una modalidad que, paradójicamente, nunca concibió en términos nacionales sino hispano-americanos.

Dos autores fueron fundamentales en la historia religadora de García Godoy. El primero de ellos fue José Enrique Rodó, cuyo exitoso *Ariel* (1900) tuvo su primera edición fuera del Uruguay en Santo Domingo en 1901, al cuidado de Enrique Deschamps en la *Revista Literaria*.³⁷ Aunque nunca se conocieron personalmente, Rodó y García Godoy mantuvieron una cordial amistad a través de una correspondencia que iniciaron en 1901 y prolongaron hasta 1915.³⁸ García Godoy formó parte del “circuito arielista”³⁹ que Rodó supo construir alrededor de sus obras e ideas y que tuvo en la carta no sólo un medio privilegiado de comunicación, enlace y sociabilidad intelectual sino, además, fue el vehículo para el ejercicio de una práctica de antigua data: la circulación internacional de libros a través de envíos realizados por los propios autores. Como explican Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, “en tiempos en que los circuitos de distribución editorial distaban mucho de estar aceitados, el reconocimiento obtenido por un autor dependía en grado no menor del esfuerzo que empeñase en dar a conocer sus propias obras”.⁴⁰

³⁷ Diógenes Céspedes, “El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. Nacionalismo práctico. Los intelectuales antes de y bajo Trujillo”, en *Los orígenes de la ideología trujillista*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2002, p. 149.

³⁸ Véanse algunas cartas de ambos autores en Julio Jaime Julia, *Rodó y Santo Domingo (recopilación)*, Santo Domingo, Amigos del Hogar, 1971, pp. 21-32; *Revista Dominicana de Cultura* (Ciudad Trujillo), vol. 1, núm. 2 (1955), pp. 260-314.

³⁹ Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, Tomo I. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires-Santiago de Chile, Biblios-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000, pp. 34-39.

⁴⁰ Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, *op. cit.*, pp. 123-124.

La primera misiva de la que se tiene registro es la que Rodó redactó en 1901 para agradecerle a García Godoy el envío de su “interesante obra *Impresiones*” y remitirle “un ejemplar de la obra que últimamente he publicado”. En esta carta Rodó realizó uno de los primeros reconocimientos de García Godoy como crítico literario:

Me felicito de veras de haber conocido, mediante la lectura de su libro, un espíritu tan felizmente dotado como el suyo. Veo en sus excelentes críticas, verdaderas condiciones de criterio, de cultura y buen gusto, de todo punto dignos de estimación y de aplauso.

La circunstancia de ser tan pocos los que en América consagran su actividad intelectual al ejercicio de la crítica, hace que el conocimiento de una nueva obra americana pertinente a esa manifestación literaria me impresione siempre gratamente. En este caso, tal impresión está realizada por el mérito intrínseco del libro.⁴¹

A partir de ese momento, las correspondencias entre ambos autores no cesaron: García Godoy recibió de Rodó cartas acompañadas de libros como *Motivos de Proteo* (1909) y *El mirador de Próspero* (1913), y a cambio envió hasta Uruguay sus *Impresiones* (1899), *Perfiles y relieves* (1907), *Rufinito* (1907), *La hora que pasa* (1910), *La patria y el héroe* (1911), *Alma dominicana* (1911) y otros textos sueltos en los que se dedicó al análisis del pensamiento y la literatura de su “siempre distinguido amigo” uruguayo.

Un hecho que merece la pena destacarse es que García Godoy, junto con los hermanos Henríquez Ureña, Pedro y Max, fueron de los más activos difusores del arielismo en América Latina, y lo fueron en un doble sentido, como críticos literarios y como editores. El ejemplo está en el libro *Ariel*. Hacia

⁴¹ “Carta de José Enrique Rodó a Federico García Godoy, Montevideo, Abril 15 de 1901”, en Julio Jaime Julia, *op. cit.*, p. 23.

1911 esta obra contaba con 9 ediciones: cuatro publicadas en Montevideo, dos en México y tres más en Santo Domingo, La Habana y Valencia, respectivamente.⁴² Como ya se señalaba, la primera edición fuera del Uruguay fue la dominicana de 1901. En 1904, al trasladarse a Cuba, Max y Pedro Henríquez Ureña fundaron en Santiago la revista *Cuba Literaria*. *Ariel* salió como suplemento de la revista entre enero y abril de 1905, alcanzando así su cuarta edición. En su primera estadía en México, Pedro Henríquez Ureña consiguió que el general porfirista Bernardo Reyes, padre de Alfonso Reyes, publicara una edición de lujo de *Ariel*, que apareció en mayo de 1908. De acuerdo con el propio Henríquez Ureña, esta edición inició el culto del *Ariel* en México, lo que se confirmó cuando Porfirio Parra, en su calidad de director de la Escuela Nacional Preparatoria de México, costeó otra edición del libro para distribuirla entre profesores y alumnos.⁴³ A esta segunda edición mexicana le siguió, finalmente, la española realizada por la editorial Semper.

Si Max y Pedro Henríquez Ureña promovieron las ediciones cubana y mexicanas del *Ariel*, junto con García Godoy cultivaron la crítica literaria en torno a las obras principales de Rodó. Así lo llegó a expresar este último:

Acaso sea yo el intelectual dominicano que más y con mayor elogio haya hablado del insigne autor de *Ariel*. Desde mi particular punto de vista crítico he juzgado o comentado con merceda alabanza todas sus obras. En la actualidad circulan o deben circular por el mundo de las letras hispanoamericanas dos estudios míos de bastante extensión referentes a él: uno que figura en mi libro *Americanismo literario*, que acaba de editar en Madrid la Biblioteca Andrés Bello, y otro que debe haberse

⁴² Susana Zanetti, *op. cit.*, p. 19.

⁴³ Alfonso García Morales, "Un capítulo del 'Arielismo': Rodó en México", en *La crítica literaria española frente a la literatura latinoamericana*, México, UNAM, 1993, p. 97.

ya publicado en Montevideo, escrito por especial encargo de la Asociación de Estudiantes de Santo Domingo.⁴⁴

García Godoy redactó reseñas críticas sobre *Ariel*, *Motivos de Proteo*, *Liberalismo y jacobinismo* y *El mirador de Próspero*; y en su libro *Americanismo literario* le dedicó un esbozo bibliográfico a Rodó, junto a las figuras de José Martí, Rufino Blanco Fombona y Francisco García Calderón. No resulta extraño que Carlos Real de Azúa, en una breve tipología que propone sobre los “arielistas”, ubique a García Godoy dentro del grupo de los “innegables”, es decir, entre aquellos que en todo momento siguieron los preceptos del “Maestro”, como ocurrió también con el cubano Jesús Castellanos, el colombiano Carlos Arturo Torres, el peruano Francisco García Calderón y los venezolanos César Zumeta, Pedro Emilio Coll y Pedro César Dominici.⁴⁵

Pedro Henríquez Ureña fue el segundo interlocutor importante en la trayectoria de García Godoy. En su joven compatriota tuvo al corresponsal ideal. En primer lugar, Pedro Henríquez Ureña fue un amigo a distancia con el que pudo dialogar ampliamente sobre el tema de la literatura hispanoamericana de su tiempo, los problemas de la nación dominicana, las impresiones de sus lecturas mutuas, el tema del positivismo, las virtudes y los yerros de los escritores del momento, entre otros asuntos. En segundo lugar, fungió como su enlace con el campo intelectual mexicano de los tiempos porfiristas y revolucionarios, hacia donde García Godoy envió obras y revistas culturales de República Dominicana y, en correspondencia, estableció comunicación con Antonio Caso, Justo Sierra, Luis G. Urbina, Carlos Pereyra,

⁴⁴ Federico García Godoy, “El renacimiento de Rodó”, *Cuba Contemporánea* (La Habana), tomo XIX, año VII, núm. 74 (febrero de 1919), pp. 108-109.

⁴⁵ Carlos Real de Azúa, “Prólogo a *Ariel*”, en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993, p. XXIV.

Alfonso Reyes, José Vasconcelos. Resultado de estas comunicaciones epistolares fue la “importación” que hizo García Godoy de libros como *Puestas de sol* (1910) de Luis G. Urbina, *Horas de estudio* (1910) y *La enseñanza de la literatura* (1913) de Pedro Henríquez Ureña, *Cuestiones estéticas* (1911) de Alfonso Reyes, las *Conferencias del Ateneo de la Juventud* de 1910, entre otros. En tercer lugar, Henríquez Ureña posibilitó que García Godoy divulgara algunos de sus escritos en Europa, tal como ocurrió cuando lo puso en contacto con Francisco García Calderón, quien, residente en París, publicó en su *Revista de América* el artículo titulado “Actualidad política de República Dominicana” y en 1916 “un estudio sintético” sobre *La literatura dominicana* que apareció en el número 91 de la prestigiada *Revue Hispanique*, dirigida por el francés Foulché Delbosc.

Una carta de García Godoy a Henríquez Ureña, fechada el 10 de diciembre de 1909, sirve para mirar hacia el interior de estas relaciones intelectuales que, en todo momento, fungieron como circuitos de intercambio editorial:

Mi muy distinguido compatriota:

Recibí oportunamente su carta del 5 de octubre, y con algún retardo los cuatro números de la *Revista Moderna* en que hay dos trabajos de [Antonio] Caso y dos de U[ste]d.

Excelentes me parecen las apreciaciones de Caso sobre Nietzsche y Max Stirner. Se ve que conoce con bastante profundidad la obra de esos dos extraños y geniales pensadores. Creía a Caso mucho más viejo. Es un expositor fácil y agradable, a quien, con bastante frecuencia, a manera de proyecciones luminosas, se escapan conceptos de alto sentido crítico. Lamento que no me enviase las tres conferencias sobre el positivismo a que U[ste]d se refiere en su oportuna y vigorosa impugnación [...]. ¿Por qué Caso no publica en un volumen todas sus hermosas conferencias filosóficas? Salúdelo de mi parte y dígame su dirección. Quiero enviarle *La hora que pasa* cuya impresión terminará a fines de Enero próximo. En ese libro hay un estudio filosófico

que dedico a U[ste]d. Mi juicio sobre *Motivos de Proteo* [de Rodó] debe haber salido ya en *El Cojo Ilustrado*...⁴⁶

La carta en García Godoy funcionó como espacio de encuentro y diálogo con sus contemporáneos. Lugar para el intercambio de ideas pero, también, para el intercambio de obras, cuya lectura, en el caso de este autor dominicano-cubano, siempre dio paso a la crítica literaria y, con ello, a la constitución de un nuevo espacio de sociabilidad intelectual: el ensayo. En efecto, a mi modo de ver, los ensayos de crítica literaria escritos por García Godoy operan como una especie de prolongación de las ideas y los encuentros previamente efectuados en sus intercambios epistolares. Si la carta constituye el punto de partida del encuentro intelectual que se reactualiza durante la lectura de las obras intercambiadas, el ensayo es en García Godoy la consumación de ese encuentro: su (re)hacerse en el lenguaje por medio de la reflexión, la crítica, la intertextualidad, la paráfrasis, el comentario.

Liliana Weinberg en su libro *Situación del ensayo* propone una lectura de este género como prosa no ficcional siempre orientada, siempre inscrita en un mundo valorado sobre el que se despliega un juicio, una interpretación. El ensayo funciona como un *estilo del pensar* sobre el mundo que se hace *estilo del decir* y viceversa, capaz de ofrecernos una doble perspectiva: por una parte remitirnos al mundo que se está mirando e interpretando y, por otra, a la mirada del autor intérprete. Esta relación dialógica que el ensayo guarda con el mundo hace de este género una ventana para mirar y reconstruir esa *comunidad de sentido* —tradiciones, prácticas, instituciones, ideas, convenciones literarias, textos— en la que se inserta y se produce el ensayo, y a la cual

⁴⁶ "Carta de Federico García Godoy a Pedro Henríquez Ureña. La Vega, Diciembre 10 de 1909", *Revista Dominicana de Cultura* (Ciudad Trujillo), vol. 1, núm. 2 (1955), pp. 286-287.

éste contribuye a representar, recrear, conjeturar y restaurar simbólicamente. El ensayo siempre es un diálogo con el mundo, con el *aquí* y el *ahora* de su autor; un género oscilando permanentemente entre la soledad y la sociabilidad, inserto en redes simbólicas de debate y formaciones culturales, tradiciones y discusiones que se albergan en un campo intelectual o en esfera pública determinada.⁴⁷

En sus ensayos de crítica literaria, García Godoy “restauró simbólicamente” sus redes intelectuales y las dejó fijas en la escritura. Un breve ejemplo: *Páginas efímeras (movimiento intelectual hispano-americano)*, texto colocado a mitad de camino entre otras dos obras fundamentales del mismo autor, *La hora que pasa* (1910) y *Americanismo literario* (1918). Estos libros conformaron una trilogía en la que García Godoy desplegó su vocación de crítico literario. En el caso particular de *Páginas efímeras* se trata de una recopilación de breves ensayos redactados en torno a la obra de catorce escritores hispanoamericanos. La mayoría de esos ensayos fueron publicados originalmente en revistas culturales de República Dominicana —*La Cuna de América* y *Ateneo*—. La primera edición de *Páginas efímeras* apareció en Santo Domingo en 1912 y en 1915 el libro fue reeditado en Madrid por la Editorial América de Rufino Blanco Fombona, bajo el título *La literatura americana de nuestros días*.

En todos los textos que integran esta obra, la lectura hecha por García Godoy de los libros y artículos que le han llegado del exterior gracias al correo se convierte en el detonante de la reflexión. De ahí que una y otra vez cada ensayo comience de la misma manera: “He recorrido con viva delectación este libro interesante, de fácil y amena lectura, muy valioso y apreciado obsequio del gran poeta y escritor”; “Hace ya varios días [...] que tengo en mi mesa de estudio este precioso tomo de ritmos que de México, la ciudad legendaria

⁴⁷ Liliana Weinberg, *op. cit.*, capítulo III.

y gloriosa, me envía uno de los más eximios cultivadores de la lírica hispanoamericana”.⁴⁸ A partir de Roger Chartier, se puede decir que estamos ante textos en los que “se anula el corte clásico entre escritura y lectura dado que aquí la escritura es en sí misma lectura de otra escritura”.⁴⁹

En *Páginas efímeras* los autores hispanoamericanos con los que García Godoy se reencuentra son Rubén Darío, Luis G. Urbina, Manuel Ugarte, Francisco García Calderón, José de la Riva Agüero, Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Benjamín Vicuña Subercaseaux, Rufino Blanco Fombona, y algunos dominicanos como Fabio Fiallo, Francisco Moscoso Puello, Tulio Manuel Cestero y Pedro Henríquez Ureña. A todos estos escritores García Godoy los exalta como ciudadanos de “una gran Nación, poderosa, inmensa”, la de Hispano-América, que desde México hasta “la extremidad patagónica” constituía “un gran *todo* sólidamente cohesionado por indestructibles afinidades étnicas, históricas y sociales”. De igual manera, a todos ellos los reivindica como precursores de un pujante, aunque todavía incipiente, “movimiento de ideas de renovación” que debía dar al traste con el “quietismo enervante, el estacionamiento vegetativo en que yacen algunos de estos pueblos hispano-americanos”, para consumir, en su lugar,

un ideal de confraternidad hispano-americana cimentada en una efectiva unidad de ideas, de aspiraciones y de leyes, tal como fue, hace noventa años, el sueño glorioso, el magnífico anhelo de aquel taumaturgo de la victoria, de aquel titán creador de naciones que se llamó Bolívar, quien, por encima de las preocupaciones e ignorancias de su época, vislumbró con la profética intuición de su gigante espíritu, que sólo por medio de

⁴⁸ Federico García Godoy, “Páginas efímeras”, en *Obras escogidas II. Miscelánea*, Santo Domingo, Fundación Corripio, 2004, pp. 307-451.

⁴⁹ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios de historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 2005, p. 39.

una unión cada vez más íntima podrían las flamantes repúblicas hispano-americanas asentar sobre bases sólidas su precaria independencia y practicar fructuosa y conscientemente las instituciones de la democracia moderna.⁵⁰

Al interior de este movimiento renovador, García Godoy se sitúa en calidad de lector pero, sobre todo, de *crítico literario*. Desde sus primeros libros este autor se esforzó en practicar el tipo de crítica literaria que hacia finales del siglo XIX se conoció como “crítica impresionista”, cuyos principales exponentes, explicaba el español Francisco De Icaza en una conferencia de 1894, fueron escritores franceses como “Renan, Taine, Bourget, France, Lemaître, etc”.⁵¹ Ernest Renan, de hecho, fue uno de los pensadores predilectos de García Godoy y, sin duda, una de sus fuentes de inspiración para proponer una crítica literaria entendida como “impresionismo eminentemente personal”, que sólo “pretende reflejar serenamente las ideas surgidas y las emociones experimentadas al recorrer las páginas de un libro sin prejuicios ofusadores o estériles apasionamientos”.⁵² Se trata, pues, de un “juicio crítico” “individualista con exceso” que al estar despojado enteramente “de sus viejas ínfulas dogmáticas” no esconde su carácter provisional, contingente, mas no falaz. Su veracidad, al estilo de Montaigne, descansa en la *buena fe* de su autor, en el hecho, afirma García Godoy, de “expresar con *sinceridad* la emoción que han despertado en mi ser los pasajes espirituales de vibrante fuerza sugestiva esparcidos bellamente en las publicaciones que han originado los presentes trabajos”.⁵³ Es esta sinceridad del juicio la que, de acuerdo con nuestro autor, da lugar a la verdad, una verdad

⁵⁰ Federico García Godoy, “Páginas efímeras”, en *op. cit.*, p. 320.

⁵¹ Francisco A. De Icaza, *Examen de críticos*, Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1894.

⁵² Federico García Godoy, “La hora que pasa”, en *op. cit.*, p. 169.

⁵³ *Idem.*

que pese a ser relativa como “la vida misma”, “la ciencia misma”, “la contemplación misma”, “basta y sobra [...] para mediante una acción constante dar sólidos cimientos a finalidades progresivas de bien y de belleza”.⁵⁴

Fue en el ejercicio de estos “juicios” literarios que García Godoy acabó por restaurar y reforzar las relaciones intelectuales que estableció con sus colegas hispanoamericanos a través de las cartas y las lecturas, haciéndose partícipe de las discusiones, aspiraciones, tradiciones, debates y polémicas que circularon al interior de las redes intelectuales. Debates y polémicas como la cuestión en torno a la originalidad y la imitación de la literatura hispanoamericana respecto de sus modelos europeos; la utopía de la unidad continental bajo la idea del hispanoamericanismo y el hispanismo; el compromiso social del escritor; la crítica a “la torre de marfil” de los modernistas; o la posición de la cultura hispanoamericana ante el avance económico, político y cultural de los Estados Unidos. Frente a este último acontecimiento que marcaría a toda una generación de intelectuales latinoamericanos que repensaría el tema de nuestras identidades nacionales y regionales, García Godoy concluía de esta manera al comentar el libro *El porvenir de la América Latina* (1910) de Manuel Ugarte:

Lo que se impone [...] es trabajar con habilidad y tenacidad en la posible constitución de ese bloque de resistencia [...]. Para arribar a esa suprema unidad de espíritu, a la cristalización de la conciencia colectiva hispano-americana, al todo orgánico, capaz de avizorar sin temores, consciente de su propia solidez, al amenazante avance yanqui, urge ante todo preparar los elementos capaces de determinar [...] el común y satisfactorio estado de alma que debe ser la base granítica de la gran Confederación hispano-americana que soñó Bolívar [...]. Hasta ahora sólo estamos, puede decirse, en los comienzos de esa evolución

⁵⁴ Federico García Godoy, “Páginas efímeras”, en *op. cit.*, pp. 312-313.

salvadora. Y pésele a los prácticos del montón, hay que reconocer [...] que, hasta el día, más han hecho por dar vida al magnífico ideal de la confraternidad americana los poetas con sus vibrantes ritmos y los prosadores con sus cláusulas fulgurantes, que nuestros más empingorotados estadistas [...]. Si ese ideal de unidad hispano-american[a] comienza a tomar consistencia, débese, en primer término, a las relaciones literarias que una élite intelectual procura hacer cada día más íntimas y frecuentes entre los pueblos americanos de habla española.⁵⁵

IV

Pasemos ahora al caso de Horacio Blanco Fombona. Este escritor, al igual que García Godoy, llegó a República Dominicana por motivos políticos; en su caso huyendo del largo régimen de Juan Vicente Gómez en Venezuela (1908-1935). Su férrea oposición al gomecismo provocó que Blanco Fombona desarrollara toda su práctica intelectual fuera de su país natal, en sucesivos exilios que lo llevaron a República Dominicana, México, Cuba y España. Podemos decir que Horacio Blanco Fombona se inscribió dentro de la larga tradición de exilio del intelectual caribeño a la que se refiere Arcadio Díaz Quiñones.⁵⁶ Una tradición que funcionó, en el caso de Blanco Fombona, como el detonante de su itinerario intelectual y, al mismo tiempo, como aquello que le permitió u obligó a tejer redes con los más diversos escritores latinoamericanos del primer tercio del siglo xx.

Si la carta y el ensayo fueron en García Godoy los medios privilegiados de su religación intelectual, en Blanco Fombona fueron el viaje y las revistas culturales los que cumplieron dicha función. En efecto, Blanco Fombona se

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 345-346.

⁵⁶ Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

destacó por ser director y redactor de revistas culturales, en las que defendió los idearios del hispanoamericanismo y el antiimperialismo. Las revistas que llegó a fundar y redactar si las leemos como espacios de sociabilidad intelectual, son capaces de revelarnos los encuentros y las relaciones que Horacio Blanco Fombona sostuvo con sus pares y el activo intercambio de novedades editoriales latinoamericanas del que llegó a ser pieza importante dentro del Circuncaribe.

Se sabe que hacia 1915 Horacio Blanco Fombona radicaba en República Dominicana. Al interior del campo cultural de este país, ganó prestigio y reconocimiento gracias a su trabajo como director y redactor de la *Revista Literaria Ilustrada Letras*. Esta publicación semanal, impresa en los talleres de García Hermanos, apareció en la ciudad de Santo Domingo en febrero de 1917, en plena época de la primera intervención militar de los Estados Unidos. En *Letras* Horacio Blanco Fombona publicó, principalmente, poemas, novelas cortas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos. Un grupo que tuvo especial cabida dentro de la revista fue ese heterogéneo contingente de escritores latinoamericanos que convergió en Francia y España hacia 1900, conformando lo que Manuel Ugarte denominó “la generación viajera”, y cuyos rasgos, de acuerdo con Beatriz Colombi, fueron la expatriación voluntaria por razones políticas o por incompatibilidad de distinto orden con el medio de origen, la fidelidad hacia los precursores americanistas, la búsqueda de una literatura nueva y propia, la necesidad de profesionalización, la defensa de un programa continental, la conciencia antiimperialista y la intervención pública en los sucesos de la época.⁵⁷ El núcleo de este grupo estuvo integrado por Rubén Darío, Amado Nervo, Enrique Gómez Carrillo, José

⁵⁷ Beatriz Colombi, “Camino a la Meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, p. 547.

Santos Chocano, José María Vargas Vila, Francisco Contreras, Alcides Arguedas, Alejandro Sux, Francisco y Ventura García Calderón, Joaquín Edwards Bello y Manuel Ugarte.⁵⁸

La revista *Letras*, que no admitía “colaboraciones espontáneas” sino sólo artículos preparados a solicitud expresa de su director-redactor, publicó decenas de textos de estos autores radicados en Europa. El interés y el vínculo de Horacio Blanco Fombona por este grupo no fue casual: a él perteneció su famoso hermano Rufino Blanco Fombona, quien llegó a Francia en 1910 y se instaló en España en 1914, sosteniendo una estrecha amistad con Rubén Darío. Todo parece indicar que fue por conducto de Rufino que Horacio Blanco Fombona pudo recibir estas colaboraciones literarias provenientes de Europa y, no sólo eso, también las novedades editoriales de estos y otros autores hispanoamericanos publicados en España.

Y es que desde 1915, Rufino Blanco Fombona fundó en Madrid la Editorial América, una de las primeras casas fundadas por latinoamericanos para disputar el mercado del “libro americano” en español a editoriales francesas como Paul Ollendorff o Garnier. Al menos así lo expuso Rufino Blanco Fombona en un ciclo de conferencias organizado por la Cámara Oficial del Libro de Barcelona:

Olvidaré, mientras hablo, que mi profesión es la de escribir libros propios: pensaré solo que también me ocupo en publicar los ajenos. Editor de libros, os hablaré como editor; es decir, como industrial [...].

El libro, en cuanto negocio, es un producto comerciable como cualquier otro producto [...]. El libro español va a América porque en América, en la América de lengua castellana, tiene su mercado más extenso [...].

España vende libros a América [...] por valor de ocho a diez millones de pesetas al año.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 547-548.

Esta cifra sería mucho mayor si España centralizase todo el comercio de libros españoles [...] con la América Latina; y si Francia, Estados Unidos, Alemania [...] no le estuvieran disputando el terreno [...].

Nadie en España supo ver que se podía explotar con provecho al autor en América [...] por lo menos en América. Se creía y se cree, se decía y se dice, que allí no existe nada que valga. Y yo respondo que el editor español, por lo general, carece de sentido de adivinación; y a veces, de sentido común [...].

Yo mismo, que os hablo en este momento, y que estoy lejos de imaginarme un águila, pero que tengo dos ojos en la cara [...] advertí, apenas llegué a España en 1914, que en España había un filón por explotar con el libro de América, y me convertí en editor. He publicado, solo de libros americanos, cientos de volúmenes de 1915 a la fecha; y he podido comprobar que el libro americano se vende tan bien como el de otra nacionalidad y, en muchos casos, mejor.⁵⁹

De acuerdo con Yolanda Segnini, la Editorial América, que existió hasta 1933, publicó más de cuatrocientos libros en español divididos en nueve colecciones: Biblioteca Andrés Bello, Biblioteca Ayacucho, Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana, Biblioteca de Autores Varios, Biblioteca Americana de Historia Colonial, Biblioteca de Autores Célebres, Biblioteca Porvenir, La novela para todos.⁶⁰ La revista *Letras* fungió como un espacio de difusión dentro del Caribe de las novedades bibliográficas de esta casa editorial. (Ninguna otra editorial tuvo tal cobertura dentro de la publicación). Así se refirió a ella en el núm. 7 de la revista aparecido el 18 de marzo de 1917:

⁵⁹ Rufino Blanco Fombona, "El libro español en América", en *Antología*, Barcelona, Linkgua Digital, 2016, pp. 57-72.

⁶⁰ Yolanda Segnini, *La Editorial-América de Rufino Blanco Fombona. Madrid 1915-1933*, Madrid, Libris, 2000.

Editorial América

Rufino Blanco Fombona es Director en Madrid de la Editorial-América. Esta casa editora ha inaugurado a la fecha cinco bibliotecas: Biblioteca Andrés Bello (literatura), Biblioteca Ayacucho (historia); Biblioteca de ciencias políticas y sociales; Biblioteca de la Juventud hispanoamericana; y Biblioteca de obras varias. Tienen estas bibliotecas el objeto de hacer conocer en las partes del mundo donde se habla español, la vida espiritual de la América nuestra en sus diversas manifestaciones. Nuestros países hispanoamericanos se conocen intelectualmente a través de Europa. Las ediciones que salen a la luz en cada uno de ellos nunca traspasan las fronteras políticas y si las traspasan es un número tan reducido de libros que no puede tomarse en cuenta. Así, pues, que además de hacer conocer en España todo lo que valemos sirven al propio tiempo estas bibliotecas para hacer más efectivo el acercamiento de los países de origen ibero. En otro lugar de esta revista reproducimos el prólogo de *Humboldt en América* obra del erudito diplomático mejicano [sic] don Carlos Pereyra. *Letras* ha recibido diversos libros de esa misma casa editora e irá dando cuenta de ellos a sus lectores.⁶¹

Y, efectivamente, así lo hizo. Ya fuese a través de la transcripción de fragmentos de los libros, la publicación de reseñas críticas o de la simple enumeración de los títulos en la sección de “Notas editoriales”, la *Revista Letras* cumplió la función de dar a conocer entre sus lectores los textos de la Editorial América. Estamos ante una historia de religación en la que libros y autores hispanoamericanos circularon por el Caribe gracias a la labor de dos hermanos venezolanos que hicieron de la edición de libros y revistas una práctica en vías de profesionalización y autonomización frente a otros poderes y otros saberes. Lo interesante es que así como en República Dominicana se dieron a conocer las novedades de la Editorial América, recíprocamente, autores dominicanos,

⁶¹ “Notas bibliográficas”, *Revista Letras* (Santo Domingo), núm. 7, año I (18 de marzo de 1917), s.p.

y en general caribeños, fueron publicados por esta casa editora en Madrid. Así ocurrió con los libros *Literatura americana de nuestros días (páginas efímeras)* y *Americanismo literario. José Martí-José Enrique Rodó-F. García Calderón-R. Blanco-Fombona* (c. 1917) de Federico García Godoy, que pasaron a formar parte de la Biblioteca Andrés Bello. Otro tanto sucedió con algunas de las obras de quien fuera, de acuerdo con Miguel Mena, uno de los primeros escritores dominicanos consagrados en el exterior: Tulio Manuel Cestero, cuyo libro *Hombres y Piedras. Al margen del Baedeker* apareció con un prólogo de Rubén Darío.⁶²

Letras sirvió, además, para que Horacio Blanco Fombona construyera lazos duraderos con los miembros del campo intelectual dominicano de aquel momento. La revista, en sus tres años de existencia (1917-1920), funcionó como espacio de “escucha y encuentro” en el que se dieron cita escritores consagrados de las letras dominicanas junto a jóvenes autores en pleno ascenso. En particular, la revista se vinculó con los intelectuales dominicanos que, a finales de 1919, iniciaron la resistencia cívica, pacífica y nacionalista contra los ocupantes “yanquis” instalados en República Dominicana desde 1916. Esta resistencia estuvo encabezada por Américo Lugo, Fabio Fiallo, Félix E. Mejía, Francisco y Federico Henríquez y Carvajal, Max Henríquez Ureña y Tulio Manuel Cestero. Horacio Blanco Fombona colaboró con el movimiento al hacer de *Letras*, a partir de 1920, un espacio de denuncia de las “atrocidades cometidas por los invasores” y al participar activamente en las organizaciones nacionalistas que se fundaron para tal efecto —*vgr.* el Congreso de la Prensa. Este involucramiento, no obstante, le costó bastante caro. Por haber publicado el 7 de noviembre de 1920 en el núm. 177 de *Letras* la fotografía de un campesino llamado Cayo Báez, víctima de torturas del régimen de ocupación,

⁶² Yolanda Segnini, *op. cit.*, pp. 133, 134 y 140.

Blanco Fombona, en su carácter de director, fue condenado al arresto, la clausura de su revista, una multa en metálico y la expulsión del país.

Horacio Blanco Fombona pasó una breve temporada en Cuba, pero fue en México donde se refugió por ocho años (1920-1928). Aquí inició una nueva historia de religación que se caracterizó por la red que tejió con José Vasconcelos, por esos años director de la Universidad Nacional y Secretario de Instrucción Pública. Al amparo vasconcelista, Blanco Fombona participó, en calidad de profesor, en la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, impartiendo las primeras cátedras de “Historia de la América Española” en nuestro país y materias optativas como aquella que llevaba por nombre “Los personajes representativos de la América Latina y su significación para el porvenir”. Sobre esta faceta docente de Blanco Fombona, José Vasconcelos en sus memorias refirió lo siguiente:

Con objeto de forzar la reforma educativa y preparar el terreno para la aprobación de los gastos elevados que demandaba nuestro programa, había aprovechado toda ocasión de hablar al público por declaraciones en los diarios y por discursos [...]. Cada fiesta pública era ocasión de renovadas excitativas para que el pueblo entero se interesase en la labor de la Universidad y colaborase en ella. Y llegó la fiesta de la Raza [...].

En la ocasión fueron los estudiantes los organizadores de la conmemoración. Les cedí, al efecto, el anfiteatro de la Preparatoria y prometí presidirlos. El escudo que había adoptado la Universidad era ya un compromiso. Además, en la Universidad manteníamos albergada, en secreto, una bandera dominicana rescatada cuando la ocupación de la isla por las tropas de Norteamérica. [Manuel María] Morillo, el patriota dominicano que la había traído a México, estaba ya incorporado a la Universidad, en el ramo de acción latinoamericana. Un hermano de Blanco Fombona, el novelista, escapado también de Santo Domingo después de resistir la ocupación yanqui, estaba asimismo, con

nosotros dando la clase recién fundada de historia de la América española. Con ira habíamos inaugurado esa cátedra, haciendo notar que existía un curso de ese género en cada universidad yanqui. En cambio, nosotros nunca habíamos otorgado el honor de cátedra especial a la lucha común y la existencia paralela de veinte nacionalidades hermanas por la lengua, la religión, la raza y la cultura. Se hallaba, pues, lanzado el hispanoamericanismo y el 12 de octubre era nuestro día.⁶³

A partir de este momento, Horacio Blanco Fombona se convirtió en un ferviente defensor del hispanoamericanismo y del antiimperialismo, que lo llevó a vincularse con organizaciones como la Liga Antiimperialista de las Américas fundada en México en 1924 y a publicar en 1927, bajo el sello de Ediciones Churubusco, su obra *Crímenes del imperialismo yanqui*, una compilación de artículos aparecidos en la prensa mexicana sobre “el mayor enemigo de nuestras sociedades”: “el imperialismo estadounidense”.⁶⁴

Aunque en México Blanco Fombona ya no apareció como director de ninguna otra publicación, siguió siendo un asiduo colaborador y redactor de artículos sobre la historia y la situación de América Latina que aparecieron en revistas y periódicos de la capital, como *El Globo*, *Excélsior*, *El Maestro*, entre otras. Uno de los temas que continuó abordando fue el de la importancia de crear empresas editoriales de alcances continentales en nuestros países.⁶⁵ “Hay que cambiar de técnica comercial y orientar las publicaciones en un sentido noble e intensamente americanista”,⁶⁶ proponía Ho-

⁶³ José Vasconcelos, *La creación de la Secretaría de Educación Pública*, México, INEHRM, 2011, pp. 87-88.

⁶⁴ Horacio Blanco Fombona, *Crímenes del imperialismo norteamericano*, México, Ediciones Churubusco, 1927.

⁶⁵ Víctor Díaz Arciniega, *Querrela por la cultura “revolucionaria” (1925)*, México, FCE, 2010.

⁶⁶ Citado por Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*, México, UNAM, 1989, p. 481.

racio Blanco Fombona, a partir del ejemplo de su hermano Rufino, como una opción para combatir la debilidad de los circuitos editoriales en nuestra región y resolver el problema del libro y sus lectores en Hispanoamérica.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHIM, MIRUNA y AIMER GRANADOS, comps., *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, México, Conaculta-UAM-Cuajimalpa, 2011.
- BEIGEL, FERNANDA, *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Buenos Aires, Biblos, 2006.
- , “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana”, *Utopía y praxis latinoamericana* (Maracaibo), año 8, núm. 20 (2003), pp. 105-115.
- BENÍTEZ ROJO, ANTONIO, *La isla que se repite*, Edición definitiva, Barcelona, Editorial Casiopea, 1998.
- BERGEL, MARTÍN y RICARDO MARTÍNEZ MAZZOLA, “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 119-145.
- BERGEL, MARTÍN, “América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista”, *Cuadernos de Historia* (Santiago de Chile), núm. 36 (2012), pp. 8-36.
- BLANCO FOMBONA, HORACIO, *Crímenes del imperialismo norteamericano*, México, Ediciones Churubusco, 1927.
- BLANCO FOMBONA, RUFINO, *Antología*, Barcelona, Linkgua Digital, 2016.
- BONFIGLIO, FLORENCIA, “El ensayo que se repite o el Caribe como *lugar-común* (Antonio Benítez Rojo, Édouard Glis-

- sant, Kamau Brathwaite)", *Anclajes* (La Pampa), vol. XVIII, núm. 2 (2014), pp. 19-31.
- CASANOVA, PASCALE, *La República mundial de las Letras*, trad. de Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2001.
- CÉSPEDES, DIÓGENES, *Los orígenes de la ideología trujillista*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2002.
- CHARTIER, ROGER, *El mundo como representación. Estudios de historia cultural*, trad. de Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 2005.
- COLLINS, RANDALL, *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*, trad. de Joan Quesada, Barcelona, Editorial Hacer, 2005.
- COLOMBI, BEATRIZ, "Alfonso Reyes y las 'Notas sobre la inteligencia americana': una lectura en red", *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), núm. 14 (2011), pp. 109-123.
- _____, "Camino a la Meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)", en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 544-566.
- CRESPO, REGINA, coord., *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, CIALC-Eón Editores, 2010.
- DEVÉS, EDUARDO, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago de Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2007.
- _____, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, Tomo I. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires-Santiago de Chile, Biblios-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000.
- DÍAZ ARCINIEGA, VÍCTOR, *Querrela por la cultura "revolucionaria" (1925)*, México, FCE, 2010.
- DÍAZ QUIÑONES, ARCADIO, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

- EHRLICHER, HANNO Y NANETTE RIBLER-PIPKA, eds., *Almacenes de un tiempo en fuga: revistas culturales en la modernidad hispánica*, disponible en: [https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/hanno-ehrlischer-nanette-ri% C3% 9Fler-pipka-eds-almacenes-de-un-tiempo-en-fuga-revistas](https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/hanno-ehrlischer-nanette-ri%C3%9Fler-pipka-eds-almacenes-de-un-tiempo-en-fuga-revistas). Consultado el 4 de enero de 2016.
- ESPECHE, XIMENA, “Lo rioplatense en cuestión: el semanario *Marcha* y la integración (1955-1959)”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), núm. 14 (2011), pp. 153-172.
- ESPOSITO, FABIO, “Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 515-536.
- ETTE, OTTMAR, “De islas, fronteras y vectores. Ensayo sobre el mundo insular fractal del Caribe”, *Iberoamericana* (Berlín), vol. IV, núm. 16 (2004), pp. 129-143.
- _____, ed., *El Caribe como paradigma: convivencias y coincidencias históricas, culturales y estéticas. Un simposio transareal*, Berlín, Travía, 2012.
- ETTE OTTMAR, WERNER MACKENBACH, GESINE MÜLLER, ALEXANDRA ORTIZ, eds., *Trans(it)Areas Convivencias en Centroamérica y el Caribe. Un simposio transareal*, Berlín, Travía, 2011.
- FELL, CLAUDE, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*, México, UNAM, 1989.
- GARCÍA GODOY, FEDERICO, *Obras escogidas II. Miscelánea*, Santo Domingo, Fundación Corripio, 2004.
- GARCÍA MORALES, ALFONSO, “Un capítulo del ‘Arielismo’: Rodó en México”, en *La crítica literaria española frente a la literatura latinoamericana*, México, UNAM, 1993.
- GRANADOS, AIMER, coord., *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Unidad Cuajimalpa, 2012.

- ICAZA, FRANCISCO A. DE, *Examen de críticos*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894.
- JAIME JULIA, JULIO, *Rodó y Santo Domingo (recopilación)*, Santo Domingo, Amigos del Hogar, 1971.
- MAÍZ, CLAUDIO, “Las re(d)vistas latinoamericanas y las tramas culturales: redes de difusión en el romanticismo y el modernismo”, *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), núm. 14 (2011), pp. 75-91.
- _____, “La eficacia de las redes en la transferencia de bienes simbólicos: el ejemplo del modernismo hispanoamericano”, *Alpha* (Osorno), núm. 33 (2011), pp. 23-41.
- _____, *Constelaciones unamunianas. Enlaces entre España y América* (1898-1920), Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2009.
- _____, y ÁLVARO FERNÁNDEZ BRAVO, eds., *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.
- MELGAR BAO, RICARDO, *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Libros en Red, 2003.
- MERBILHAÁ, MARGARITA, “El estudio de las formas materiales de la sociabilidad intelectual. Algunas cuestiones metodológicas en torno a las redes entre escritores latinoamericanos”, *VIII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria*, disponible en: <http://citclot.fahce.unlp.edu.ar/viii-congreso/actas-2012/Merbilhaa-%20Margarita.pdf>, consultado el 28 de enero de 2014.
- MYERS, JORGE, “Gênese ‘ateneísta’ da história cultural latino-americana”, *Tempo Social. Revista de Sociologia da USP* (São Paulo), vol. 17, núm. 1 (2005), pp. 9-54
- MOLINA, EUGENIA, “Aportes para un estudio del movimiento romántico argentino desde la perspectiva metodológica de redes (1830-1852)”, *Revista Universum* (Talca), núm. 12 (2000), pp. 399-431.

- MORENO H., FRANCY, *La invención de una cultura literaria: Sur y Orígenes. Dos revistas latinoamericanas del siglo XX*, México, UNAM, 2014.
- PAREDES, ALEJANDRO, “Redes de coautoría entre Europa y América Latina en la editorial Tierra Nueva (década de 1970)”, en Claudio Maíz y Álvaro Fernández Bravo, eds., *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009. pp. 191-234.
- PITA GONZÁLEZ, ALEXANDRA, *La Unión Latino Americana y el Boletín “Renovación”. Redes de intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de Méxic-Universidad de Colima, 2009.
- _____, “Las revistas culturales como fuente de estudio de redes intelectuales”, disponible en: http://www.cialc.unam.mx/Revistas_literarias_y_culturales/PDF/Articulos/Las_revistas_culturales_como_fuente_de_estudio_de_redes_intelectuales.pdf, consultado el 30 de enero de 2014.
- RAMA, ÁNGEL, “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración”, en Ana Pizarro, coord., *La literatura latinoamericana como proceso*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, pp. 85-97.
- REAL DE AZÚA, CARLOS, “Prólogo a *Ariel*”, en José Enrique Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993.
- SEGNINI, YOLANDA, *La Editorial-América de Rufino Blanco Fombona. Madrid 1915-1933*, Madrid, Libris, 2000.
- SORÁ, GUSTAVO, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003.
- VASCONCELOS, JOSÉ, *La creación de la Secretaría de Educación Pública*, México, INEHRM, 2011.
- WEINBERG, LILIANA, *Situación del ensayo*, México, CCYDEL-UNAM, 2006.
- _____, “*Cuadernos Americanos*: la política editorial como política cultural”, en Carlos Altamirano, dir., *Historia de*

los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 235-258.

_____, "Crítica literaria y trabajo intelectual", en SELNICH VIVAS HURTADO, coord., *Utopías móviles. Nuevos caminos para la Historia Intelectual en América Latina*, Bogotá, Diente de León-Universidad de Antioquia, 2014, pp. 90-117.

ZANETTI, SUSANA, "Modernidad y religión: una perspectiva continental (1880-1916)", en Ana Pizarro, org., *América Latina: palabra, literatura e cultura*, vol. 2, São Paulo, Unicamp, 1994, pp. 489-534.

_____, "Redes múltiples en 'El Cojo Ilustrado'", en CLAUDIO MAÍZ y ÁLVARO FERNÁNDEZ BRAVO, eds., *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009, pp. 47-76.